

SETZÈ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA SANT ADRIÀ 2.016

AUTORA: SONIA AGUILERA ROURA

BICHOS

Mi vecina, doña Soco, ya sabe eso de que las desgracias no vienen solas, pero lo que nunca imaginó fue que vinieran cogidas de la mano. El caso es que la vida le ha jugado una doble mala pasada. Primero dejándola viuda y después infectando el limonero que, hasta hacía poco, había cuidado su difunto esposo.

De la segunda desgracia, que es la que voy a explicarles, se dio cuenta por casualidad. Una mañana, mientras fregaba el patio, descubrió que las baldosas que sostienen la maceta del limonero estaban pegajosas. Era como si a alguien se le hubiese caído un refresco. El asunto le interesó tanto que, en lugar de pasar el mocho y santas pascuas, se puso las gafas de leer y se acercó a la mancha. Así fue cómo descubrió la plaga. Que no estaba en el suelo, no. Estaba rodeando el pequeño tronco y las ramitas del árbol. Lo que ensuciaba las baldosas eran, al menos así lo explica doña Soco, los excrementos de la plaga. Los bichitos tenían el tamaño y la forma de un grano de maíz y, aunque todavía no se había atrevido a tocarlos, imaginaba que eran esponjosos como un pompón. El problema no fue la apariencia de esos extraños seres, el problema fue que le recordaron a las lombrices que tuvo de niña y por eso armó, la que armó. Sí, ya sé, los gusanos no son ovalados, son alargados. Pero tal vez lo que mi vecina pensó en aquel momento de enajenación fue que, aunque físicamente no se parecieran demasiado, sí lo hacían en esencia. Pues cualquiera que entienda un poco de botánica y otro poco de anatomía, sabrá que aquel ejército blanco de chupópteros estaba ahí por el mismo motivo que sus lombrices estuvieron en sus intestinos: para alimentarse de su huésped.

Las cuestión es que los recuerdos se agolparon en su mente. Ella explica que tuvo la misma sensación que cuando abre la caja de las fotos. Vio imágenes muy antiguas, en sepia; y otras de hacía poco, en color. Todas desordenadas, recortadas y sobrepuestas.

En sepia aparecía ella de niña con el culo en pompa. Su madre le acercaba una vela al ano y llamaba a las lombrices como si fueran gallinas: “Tiiiiitas, titas, titas”. Si no salían le introducía un algodón empapado en aceite caliente.

En color vio a su difunto regando el árbol. Las flores de azahar, que desprenden un aroma tan intenso que todavía hoy, con el limonero enfermo, vuela hasta llegar a mi casa. Y el primer brote al que el marido trató con el mismo amor que a su única hija. La hija se llama Rosa y parece mentira que, siendo tan psicóloga como es, todavía no la haya perdonado.

Estoy segura de que si mi vecina hubiera dejado esos parásitos algodonosos campando a sus anchas, no hubiera pasado la desgracia que les voy a explicar. Pero los recuerdos que le unían a su esposo y su fobia a los bichos en general y a las lombrices en particular, le impidieron mantenerse al margen del problema o, al menos, actuar como la persona sensata que es.

Cuando explica cómo empuñó la manguera y apuntó directamente al tronco sé, por su mirada y por el tono de su voz, que lo hizo con cierto sadismo. Cosa rara en ella pues es una señora que rebosa bondad. Su idea era que la presión del agua desenganchase las bolitas blancas del árbol. Empezó por abajo. Disparó. Una lluvia suave salpicó a los chupópteros y estos, lejos de desprenderse de su huésped, debieron aferrarse más. Al menos eso le pareció a doña Soco que, a pesar de no ver tres en un burro, asegura que soportaron el ataque enganchándose al árbol con sus minúsculas patitas, o con su ventosa, o con lo que sea que tengan en la parte de abajo.

Movió el aspersor. El agua salió con más fuerza pero como todavía no era suficiente, giró completamente la rueda. Entonces la manguera ametralló la plaga y doña

Soco, supongo, sonrió. Dice que se imaginaba los **bichos** cayendo sobre la tierra de la maceta o en el suelo. Y a ella rematando la faena con el aspirador. Por lo visto estuvo un buen rato así: fantaseando y disparando a los parásitos como si fueran marcianitos.

Cuando se cansó de la batalla, cerró la llave del agua, se puso las gafas y volvió a inspeccionar el limonero. Su felicidad fue tan efímera como la belleza del azahar.

Aquellos bicharracos ya debían saber, ya, que les iba la vida en eso, pues permanecieron acoplados al tronco y a las ramas del árbol. Unos estaban apelotonados formando algo parecido a un grano de pus. Y otros en fila, como un gusano. O, para ser más exactos, como aquellas dichosas lombrices que padeció siendo niña. Pero ninguno sucumbió a los violentos ataques de mi vecina.

Por lo visto eran más peligrosos de lo que ella creía. Por eso tomó medidas drásticas. Dice que si no primero hubieran matado al limonero y después infestado todas las plantas del patio. O peor aún: primero hubieran matado al limonero y después colonizado su casa, su comida, su agua y, aprovechando cualquier descuido, se hubieran metido por su boca y asentado en sus intestinos o en los de su nieta.

Cuando la escucho me parece que habla más de una invasión extraterrestre que de cuatro chupópteros atolondrados. Pero supongo que necesita exagerar el problema para justificar lo que hizo con Albita.

Fuera por el motivo que fuera, a mi vecina, para combatir aquella hecatombe, se le ocurrió otra solución. Y fue precisamente su experiencia con las lombrices la que le dio la idea. Recordó que su madre empapaba un algodón en aceite caliente y se lo introducía en el ano. No sabe por qué lo hacía. Yo tampoco. Tal vez el aceite las hace resbalar y así salen mejor. O quizá se trataba de un castigo porque, de niñas, jugábamos con la tierra a comiditas y doña Soco, en aquellos tiempos Socorrito, se creía tanto el juego que más de una vez llegó a comérsela.

El caso es que no perdía nada probando lo del aceite. Quién sabe si, rociando el

árbol, los algodoncillos aquellos resbalarían por el tronco o se caerían. Dicho y hecho, vació una botella de litro en la olla y la puso al fuego. Después fue a por el pulverizador. En ello estaba cuando la única hija de doña Soco, Rosa, la psicóloga, abrió la puerta con su llave y le dijo:

—Mamá, tienes que quedarte con Albita, ¿recuerdas? Tengo hora con el médico.

—Me va fatal.

—Pero si ayer me dijiste que sí.

—Ya, pero es que una plaga ha infestado el limonero. Es peligroso que Albita se quede.

—¿El limonero? ¿Qué limonero?

—Pues cuál va a ser, hija. El limonero de tu padre. Es lo único que me queda de él...

—Tranquila mamá, no será nada.

—Dios te oiga. Pero, escúchame: Albita es muy pequeña, los bichos se le pueden meter por... Y yo ya estoy mayor, no puedo con todo. Mejor llévala contigo a la consulta. Total, es un momento. He de ocuparme del limonero.

—¡Ay, mamá, déjate de tonterías! Me tengo que ir. Dame un beso, Albita.

Y se fue dando un buen portazo. Eso no lo ha explicado mi vecina, pero no hace falta, su casa y la mía están pegadas y Rosa, siempre que se va, da un portazo.

Supongo que lo primero que hizo doña Soco, así que se quedó a solas con su nieta, fue poner su cara de acelga. Ella no lo sabe pero cuando está triste o preocupada por algo, los ojos, la boca, la papada, las arrugas, todo, le va hacia abajo. Igual, igual que si fuera una acelga pocha. Últimamente siempre tiene esa cara.

Imagino que, durante unos segundos, se preguntó cómo ocuparse de su nieta y, al mismo tiempo, liberar el limonero de la plaga. Al entrar en la sala se le ocurrió la respuesta. Plantó a la niña frente al televisor y buscó un canal en el que hicieran dibujos

animados. Tuvo suerte, echaban Tom y Jerry. A Albita le gustan mucho. Pero ¿saben eso de que, quien con niños se acuesta, cagado se levanta? ¿No? Pues quiere decir que la cosa se lió. ¡Vaya si se lió! Y es que a los críos no se les puede quitar la vista de encima.

Doña Soco dejó a su nieta sola. En eso reconozco que falló. Pero lo hizo para comprobar si el aceite estaba o no caliente. Como todavía no hervía, continuó buscando el pulverizador. No recordaba dónde lo había dejado su difunto. De hecho aún no lo ha encontrado. Dice que en el armario platero, no está. Claro. En el cajón cacerolero, tampoco. Sobre la campana extractora, menos. Y bajo el fregadero, nada.

—Un ten, yaya.

En la tele, pensó mi vecina, Jerry se escapaba de Tom subiéndose a un tren. Pero estaba demasiado ocupada buscando el pulverizador para comprobarlo. Sin embargo, como Albita insistió:

—Mida yaya, el ten.

Y las abuelas somos como somos... Doña Soco acabó sucumbiendo, salió de cocina, fue a la sala y buscó el tren en la pantalla. En su lugar vio a Jerry con la cola ardiendo. De la niña, ni rastro.

—¿Albita?

Buscó detrás del sofá y bajo la mesa. Al no encontrarla, recorrió el pasillo, ese tan largo que tiene, hasta llegar a la habitación de matrimonio. Allí tampoco estaba. Ni en el despacho, ni en el lavabo, ni en el cuarto de soltera de su hija la psicóloga.

—¡Albita!

De nuevo se dirigió a la sala. Tenía la esperanza de encontrar a la niña donde la había dejado: en el sofá. Tal vez antes no se había fijado bien. Ya les he dicho que tiene problemas de vista. No fue así. Y en la tele Tom aparecía carbonizado.

—¡Albita!

Su nieta no contestó y mi vecina corrió, todo lo que una señora de setenta y pocos

años puede correr, hacia los fogones. La cocina está al lado de la sala, solo las separa una puerta, pero el camino se le debió hacer largo pues le dio tiempo a imaginarse un sinfín de desgracias que no les contaré porque no vienen a cuento.

El humo le hizo toser y, como es natural, dificultó todavía más su visión. Se puso las gafas, las sujetó con el índice y, con la otra mano, apagó el fogón. A simple vista su nieta no estaba en la cocina, pero como no ve tres en un burro, decidió buscarla a tientas por el suelo. Por si acaso.

—¿Albita?

—Toy atí yaya, con el ten.

Entonces levantó la cabeza. Fuera, en el patio, al lado de la maceta del limonero, Albita hacía no sé qué con sus manitas. Doña Soco se sentó como buenamente pudo sobre las baldosas, volvió a subirse las gafas y agudizó la vista. Aun así le fue imposible distinguir qué había entre los deditos de la niña.

—¿Qué haces, Albita?

—Un ten, yaya.

Apoyándose en la pared consiguió ponerse de pie. Después salió al patio, se acercó a su nieta y vio lo que vio. Casi le da un síncope. Albita desenganchaba los bichos del tronco del limonero y los colocaba cuidadosamente en fila. Algunos los había chafado con su regordeta pinza, pero la mayoría estaban intactos. Entre todos formaban un tren de casi un palmo de longitud.

—Mida yaya, el ten.

—¡No toques eso, cochina!

Doña Soco explica que no sabe de dónde sacó las fuerzas para coger a su nieta de tres añitos en brazos, entrar en la cocina e ir hasta la sala. El humo y el olor a aceite quemado también habían llegado allí. Albita tosió y ella le palmeó la espalda. En la tele sonaba el tañido de unas campanas, Tom enterraba a Jerry. A punto estuvo de volver a

sentarla en el sofá. Pero pensó que Albita se habría metido las manitas en la boca y los chupópteros se asentarían en sus intestinos de la misma manera que las lombrices colonizaron los suyos cuando era pequeña. Por eso abandonó la idea de los dibujos animados, atravesó el largo pasillo con la niña en brazos y, cuando llegó a la habitación de matrimonio, dejó a Albita sobre la cama. Allí no olía a quemado.

—Yaya, mi ten.

—El tren es caca.

Mi vecina sacó la vela que tiene guardada en el armario, por si algún día se va la luz, la encendió y la dejó sobre la mesita de noche. Después se subió a una silla y buscó en los altillos un plástico grande, de esos que ponía su marido en el suelo cuando pintaba las paredes. Mientras tanto la niña hacía volteretas.

—Albita, baja de la cama, bonita.

Extendió el plástico sobre la colcha.

—¿Qué haces, yaya?

—Voy a curarte la barriguita. Espera aquí, que ahora vuelvo.

Fue a la cocina a buscar la olla con el aceite y al lavabo a por algodón. Siempre explica que lo hizo tan rápido que, cuando regresó al dormitorio, Albita todavía la esperaba en el mismo lugar que la había dejado, justo a los pies de la cama. Doña Soco dejó el algodón sobre la mesita de noche y la olla junto a la vela. Toda la habitación se impregnó con el olor a quemado pero como no era tan fuerte como el de la cocina, no consideró necesario abrir la ventana.

Volvió a coger a la niña en brazos y la tumbó boca arriba. El tacto del plástico no le debió gustar y empezó a lloriquear. Imagino que unas gotitas de cera se deslizaron hasta caer sobre la mesita de noche y eso ayudó a que la vela se mantuviera en pie o tal vez era de las gruesas. No sé, ese detalle no se lo he preguntado. Bajó la persiana porque su madre así lo hacía y el dormitorio quedó iluminado por la llama temblorosa. Entonces

levantó la faldita de su nieta, le quitó las braguitas y retiró sus piernecitas regordetas hacia atrás.

—¡El ten, yaya!

—La yaya te tiene que limpiar el culito.

—Pero si no me he hecho caca.

—Ya, pero tienes bichitos.

Doña Soco acercó la vela al ano de su nieta tal y como recordaba que lo hacía su madre pero no vio salir a ningún parásito.

—Eso quema, yaya.

—Espera, solo es un ratito.

Los llamó como si fueran gallinas: “Tiiitas, titas, titas”, pero ninguno asomó la cabeza. Entonces se ajustó las gafas y acercó para ver si así podía distinguir algo blanco saliendo del ano de su nieta. Y tampoco.

Solo le quedaba la opción del aceite. Era algo que quería evitar porque recordaba que el proceso era doloroso, sin embargo todavía hoy insiste una y otra vez que eso era imprescindible para sacar los chupópteros de los intestinos de su nieta.

Dejó la vela con cuidado sobre la mesita de noche y un poco de cera le quemó los dedos. Empapó el algodón en el aceite, pero lo hizo con tanta urgencia que volvió a quemarse. Es por eso que todavía tiene las yemas arrugadas y negruzcas. Consciente de que estaba demasiado caliente, escurrió el algodón para no dañar a su nieta y volvió a separarle las nalgas. Como supondrán, tantas precauciones sirvieron de poco, pues cuando la niña notó el tacto ardiente en la entrada de su ano empezó a gritar y a patalear.

En esas estaba cuando llegó la madre de Albita de su cita con el médico. Imagínense el cuadro que encontró: una niña gritando y llorando sobre una cama cubierta con un plástico, en una habitación iluminada por una vela, en donde casi no se puede respirar a causa de los vapores que desprende una olla con aceite quemado.

Naturalmente la reacción de la hija de doña Soco, o sea, la madre de Albita, es decir, Rosa la psicóloga, no se hizo esperar. Cogió a la niña en brazos y empezó a lanzar una sarta de improperios a mi vecina: que si qué pretendías, un poco más y quemas la casa con la niña dentro, que si eres una vieja chocha que no ve tres en un burro. Y no sigo por no ofender.

Aquellas afirmaciones, como es normal, a mi vecina le dolieron y de hecho todavía le duelen, hasta en lo más profundo. Pero ni punto de comparación con el golpetazo que sintió cuando su hija, la psicóloga, le dijo contundente y tajante:

—Ya no volverás a quedarte con Albita.

De nada le sirvió explicar que unos parásitos estaban atacando el limonero, ni que había encontrado a Albita jugando con ellos y tenía miedo de que se los hubiera tragado. De nada confesar su pasado de lombrices y su fobia a los bichos. De nada decir que quería a su nieta como a su propia vida y que nunca haría algo que la perjudicase. De nada, nada. Rosa, la psicóloga, se marchó con Albita en brazos y dejó a doña Soco con la palabra en la boca.

Los dibujos de Tom y Jerry habían acabado y mi vecina apagó la tele.

Las desgracias, como ella bien sabe, nunca vienen solas.

Ahora sé que pasa las horas muertas sacando bichitos del limonero y poniéndolos en fila. La he visto a través de los cipreses que separan mi patio del suyo. Ya no les tiene miedo. Por lo visto los parásitos se llaman cochinillas algodonosas, me lo dijo la última vez que fui a visitarla, son inofensivas para el ser humano pero pueden matar lo único vivo que permanece a su lado: el limonero de su difunto.

De vez en cuando también la escucho hablando sola. Suele decir:

-Mira Albita, un tren.